

## *El Profesor Antonio Rodríguez: hilvanos para el recuerdo*



### **El Profesor Antonio Rodríguez: hilvanos para el recuerdo.**

En la tarde otoñal de Barcelona recibimos la fatal noticia. Afectada por el suceso, más lacónica de lo habitual, nos la dio la profesora Marisa Tejedor Salguero: “Pedro, Toñito ha fallecido hoy en La Palma; la intención es que descanse en paz en la isla, en su Puntagorda natal; conozco bien vuestra fraternal relación, por si puedes y quisieras acompañarle”. No pudimos, como hubiese sido nuestro deseo, en ese momento el barco se hacía a la mar a través de la bocaina del puerto de la ciudad Condal, rumbo a Nápoles.

Desconcertado y con la vista nublada, perdí la mirada en el cielo y eché a volar los recuerdos. Curioso: la puesta de sol iluminaba los colores de la bandera española en el cielo de la convulsa Barcelona, por los desgarros del “procés”, acentuados ese día por la visita del Presidente del Gobierno de España. Pensé: ¡qué cosas tan bellas tiene la naturaleza y qué irónica puede llegar a ser! Aquella bandera, precioso reflejo de la que quemaban unos desalmados en Las Ramblas, me pareció magnífica para ilustrar la mordaz sagacidad del amigo Antonio. Junto a dos párrafos hilvanados con emoción, se la envié a Calochy, su animosa compañera, que a las verdes y a las maduras siempre la tuvo a su lado.

Hacía tiempo que su salud no era buena, pero como buen edafólogo mantenía los “pies en la tierra” y timoneaba con su fino humor palmero las adversidades de la vida. La mañana del pasado 21 de octubre, cuando regresaba feliz de visitar a su querida madre, las vueltas del Time de Tijarafe lo marearon para siempre. Tal vez la emoción de los recuerdos, o quizás la imagen agrícola y bucólica del Valle de Aridane, cuyos suelos tan bien conocía.

Antonio Rodríguez Rodríguez, biólogo-doctor por la Universidad de La Laguna (ULL) en 1977, siempre gozó del reconocimiento de su querido maestro, el Prof. Enrique Fernández Caldas, desde su época de brillante estudiante de Biología, hasta que culminó en 1996 la carrera académica como Catedrático de Edafología y Química Agrícola de la ULL. Fue don Enrique quien lo captó para la ciencia del suelo y con él mantuvo hasta el final un nexo profesional y afectivo, abonado por la gratitud y el respeto.

La trayectoria académica del Dr. Rodríguez, aúna las dos facetas que configuran a un buen profesor universitario: maestro admirado y querido por sus alumnos en el aula, e investigador riguroso en los laboratorios de química y de la naturaleza. Antonio provenía del campo profundo, al que nunca dio la espalda, tal vez porque sabía bien desde sus primeros orígenes campesinos, que los suelos se

forjan bajo las condiciones ambientales del territorio y se escudriñan en el laboratorio sus características edafológicas.

Experto en el conocimiento y reconocimiento de la génesis y potencialidades agrícolas de los suelos y de sus procesos de degradación, llegó a Presidente de la Comisión de Conservación de Suelos y Aguas de la Sociedad Española de Ciencia del Suelo. Responsable, director o autor de varios proyectos, tesis y trabajos, plasmados en un sinfín de publicaciones de índole teórica y práctica. Buen ejemplo de los mismos son sus estudios metodológicos relacionados con la evaluación de la degradación y regeneración de suelos afectados por procesos de desertización o desertificación, entre otros. Sus últimos trabajos desarrollados en cartografía digital asociada a sistemas de información geográfica (SIG) en los Parques Nacionales del Teide y de Garajonay, son ejemplares.

En todos esos campos tuvimos la oportunidad y la suerte de trabajar con Antonio. Sabíamos que contar con su colaboración científica, técnica y humana era garantía de calidad y de éxito. Independientemente de los fines para los que realizara el trabajo, el resultado siempre era igual de riguroso. Lo mismo si era para una publicación científica que para un documento de trabajo aplicado a la gestión del territorio. No sabía hacer las cosas mal, ni había que explicarle dos veces el sesgo los objetivos ni los plazos que pretendíamos. Te escuchaba y su respuesta siempre era la misma: ¿Pedro, para cuando dices que lo quieres?

Transcurrido un mes desde su adiós, no he podido borrar el impacto de su pérdida. Y lo que ha sido aún peor, desde que nos dejó, cada día me asaltaba el remordimiento de no haberle dedicado los párrafos que su memoria merece, como compañero de vivencias científicas y, también, de farras más profanas. Todavía no he logrado, y quizá no lo consiga nunca, borrar su cara risueña, pícara y noble a la vez, reflejo de su aguda inteligencia y afilado sentido del humor. Hablaba callando y callando hablaba: ¡Ay!, querido Antonio, ¡qué “jodido” podías ser a veces y qué bueno eras siempre!

El pasado 14 de diciembre, en la misa de difuntos, mientras admiraba la remozada imagen de El Cristo lagunero, no cesaban de llegar a mi mente estampas de tu recuerdo. No cabe reproducirlas aquí, pero olvidarlas no puedo. A la mañana siguiente, alumbrado por el sol naciente sobre el Parque de La Granja, no pude evitar volver mis sentimientos al corazón del amigo:

Levitando estoy temprano,  
y asomado a la ventana,  
esta preciosa mañana  
alienta mi ser humano.  
Casi fuiste un hermano,  
vivencias tuvimos juntos;  
ayer, misa de difuntos  
en El Cristo, meditando.  
Todos vamos caminando  
¡Antonio, seguimos juntos!

**Pedro Luis Pérez de Paz**  
Catedrático de Botánica  
Universidad de La Laguna